

# ***La fuerza de los débiles. El modelo de las organizaciones de derechos humanos***

**Joaquín Undurraga** Ingeniero y economista chileno. Profesor de Economía y Planificación en la Universidad de Chile y actualmente en universidades venezolanas. Vicepresidente de la Fundación Latinoamericana por los Derechos Humanos y el Desarrollo Social (FUNDALATIN).

---

La forma tradicional de hacer política el partido se funda en una formulación doctrinaria, a la cual adhieren sus militantes según sus propias convicciones. A partir de allí emprenden la acción.

Esta concepción societaria en que los individuos se agrupan por creencias o por una identidad teórica para emprender la historia, encierra una contradicción de partida. Los individuos no se congregan por ideas, lo hacen para emprender tareas de conjunto en una realidad, en un "aquí" y en un "ahora", determinante en la viabilidad de las metas implícitas en esas tareas.

Así, la coincidencia doctrinal no asegura la unidad de acción, en razón de la diferente percepción e interpretación de esa realidad. Pretenderlo es una reminiscencia teocrática, en la cual se incluye hasta el marxismo-leninismo.

La nueva concepción política en las organizaciones de base latinoamericanas, arranca a la inversa de la realidad y congrega adherentes en torno a un plan concreto impuesto por las urgencias derivadas del deterioro de la vida en las grandes mayorías del continente.

Cierto es que el consenso del grupo requiere los lineamientos gruesos de una ética común, sea solidaria o individualista. Superada esta disyuntiva, las restricciones que impone la doctrina en la política contemporánea son irrelevantes a la acción común, por el peso de esas urgencias. Es la controvertida y ya consolidada alianza cristiano-marxista en América Latina.

Este modelo libre de las ataduras normativas clásicas, surgido de la realidad, su interpretación y urgencia, es la "construcción del momento político", denominación genérica con que se le identifica.

***La ambigüedad: ¿una nueva vía?***

El modelo del sandinismo, la alianza del Frente Democrático Revolucionario (FDR) en El Salvador, la naciente Convergencia Socialista en Chile y las

organizaciones de base de Derechos Humanos (DD.HH.), han terminado por desorientar a los analistas políticos, habituados a encasillar partidos y movimientos de acuerdo a cánones clásicos.

En el primero de ellos - dentro de Nicaragua como en el exterior sus adversarios esperan en nerviosa vigilia la "cubanización" del régimen. La presencia de los cuatro curas en el gobierno sería, a juicio de aquéllos, el muro de contención de la soviétización del país. La reciente modificación del Derecho Canónico apunta a sacarlos, pero, para ello la Curia Romana tiene que enfrentarse con los Maryknoll y la Compañía de Jesús.

También hacia allí apuntan los promotores de la democracia representativa, que fuerzan las elecciones en la seguridad de interrumpir un proceso, cuya ambigüedad les parece - por decir lo menos - sospechosa. El mundo político está habituado a las etiquetas y sin ellas se desconcierta.

Las organizaciones populares del DD.HH., se inscriben en esa "ambigüedad", pero, no lo hacen por indefinición, sino, como una redefinición.

En vano esa alianza de marxistas con cristianos y muchos sin opción doctrinaria definida, de creciente fuerza política y que acepta la militancia de sus adherentes en partidos, trata de ser identificada en el diccionario político tradicional. Es imposible porque se trata de un nuevo modelo.

En síntesis, este modelo ha reemplazado la gestación de instancias de poder de origen doctrinario por la que se denomina la "construcción del momento político". Con ello se derrumban las declaraciones de principios, las tesis de las alianzas estratégicas y tácticas, tan poco felices para las izquierdas latinoamericanas y las todavía menos afortunadas tesis de la elección de las "vías". Hasta la calificación apriorística de leninistas se ha ido desdibujando en muchos partidos que se autodefinieron como tales.

A través de este ensayo se pretende diseñar el modelo dialéctico que interpretan las organizaciones de DD.HH. su gestación no se realiza por la elucubración de un líder ideológico, a la manera de los enciclopedistas o de Marx. Surge como una respuesta a una situación determinada y como tal debe ubicarse en un marco de la evolución política; es necesario, entonces, un poco de historia.

### ***De la teocracia a los partidos***

En su versión decimonónica, un partido político es un grupo de intelectuales que elabora una declaración de principios humanistas y abre los registros de adherentes que la suscriben. Es el fundamento doctrinario de la organización, o sea, un conjunto de normas generales de contenido ético y técnico aplicables a cualesquier lugar y situación.

Apertrechados por este código ideal y por tanto utópico, los partidos salían a enfrentar la coyuntura, o sea, ese conjunto de realidades, determinadas en un "aquí" y en un "ahora". El primer escollo de esa estrategia era que los mundos a aplicarse eran diferentes, que la utopía no se daba y que había que compartir el mundo con gente de otras doctrinas.

Es el enfrentamiento clásico de la norma con la realidad y cuyo desenlace es tan complejo. Hace tres mil años, Moisés recibió la norma de "no matar". Nadie la ha contradicho, pero, se mata, se sigue matando, se hacen preparativos para perfeccionar sus métodos y los que lo hacen son legitimados por los mismos que suscriben la norma.

La defensa de la norma se ha extrapolado a perseguir a los que no la comparten, a dividir al mundo entre buenos y malos; a los últimos hay que exterminarlos para salvarla.

Así se quemó a los herejes, se excomulgó a los republicanos y masones y hoy se persigue a los comunistas. El mismo celo doctrinal ha discriminado en contra de los católicos en Cuba, con su concepción de la sociedad atea.

En esta nueva dimensión política no se trata de abolir la norma. Pero, sí de quitarle el valor de absolutez que el Estado teocrático le dio y del cual los partidos políticos no se han liberado del todo.

En ese enfrentamiento dialéctico, norma-realidad, doctrina-coyuntura, tampoco hay un desenlace uniforme. Está condicionado por la segunda, ya que prevalecerá la influencia de subsistir sobre las formulaciones ideales.

Los más ortodoxos en la postura doctrinaria son los partidos socialcristianos, debido al peso de la elaboración de la Iglesia Católica. Cuando sostiene que el salario debe ser justo y la economía real impide pagarlo, el trauma interno para el político es inevitable. Debe predicar una utopía que no puede aplicar.

### ***Otro punto de partida: la realidad concreta***

Entrar en la acción política asumiendo una realidad concreta, no sólo es un cambio de método, sino, de un modelo completo. Porque la utopía doctrinarista aliena, altera las proporciones, la eficacia y a la postre el abandono del pueblo, sensible a las limitaciones de la coyuntura e indiferente a los enunciados teóricos.

El cambio de escenario de partida - de los principios a la realidad concreta - modifica sustantivamente la acción política. Así la guerrilla, a la luz de las normas, es menos deseable que el diálogo pacífico, pero, cuando la realidad la impone como la única alternativa de liberación, la jerarquía se invierte.

Situados en el plano de la teoría, los hombres son todos iguales, mientras que la realidad señala que lo propio es la asimetría entre ellos. Por tanto, enfocar la acción política partiendo de la igualdad - como lo hace la democracia formal-liberal - desconociendo las desigualdades reales, los oprimidos estarán siempre en desventaja en el acceso a las oportunidades.

### ***Las vertientes de la acción***

La política es acción y no teoría; es multitudinaria y no individual.

Es la respuesta constructiva para modificar una realidad concreta bajo la inspiración de una moral solidaria o individualista. Lo sustantivo, en consecuencia, es esa coyuntura objeto de la actividad política.

Se expresará en la elección de metas para el conjunto, las cuales deberán ser jerarquizadas; ya que no todas se podrán cumplir simultáneamente. La prioridad estará sujeta a dos escalas paralelas.

Habrán metas importantes, como es el ejercicio irrestricto de los derechos civiles expresados en autonomía y respeto a las preferencias individuales. Pero, estas metas pueden condicionar el cumplimiento de otras menos importantes, aunque, más urgentes. Es la clásica disyuntiva de los países pobres que deben limitar las salidas al extranjero, porque esas divisas son necesarias para comprar alimentos.

Muchos demócratas se escandalizan con el control de cambios como un atentado a la libertad, pero no lo hacen cuando la escasez de divisas frena el crecimiento y los sectores de ingresos bajos deben mantenerse por debajo de la subsistencia.

Doctrina y coyuntura son las dos vertientes que definen la acción. Su conciliación es materia de un juicio político y no es normativo.

La persuasión es de mayor jerarquía humanista que la compulsión como método de gobierno. Lamentablemente las exigencias de la realidad puede que obliguen a alterar esa realidad, como es el caso de los delincuentes, no del todo permeables a los sermones.

De esta reflexión se desprende que la elección de los medios es inseparable de las metas, los cuales también son jerarquizables según su licitud en la escala doctrinal, pero, según su eficacia en la escala coyuntural dominada por la urgencia. Los pueblos del continente viven dramáticamente esta última y sus opciones políticas están determinadas por ella.

La acción política es concertación colectiva para cumplir metas comunes con medios compartidos. Este consenso está condicionado por ambas vertientes: la diversidad doctrinaria y la percepción individual de la realidad.

Aún en la sociedad más elemental como la pareja humana, el consenso es una construcción compleja. Son dos polaridades con sus respectivos juicios teóricos y coyunturales, que deben adoptar un programa común de acción en que solo excepcionalmente coincidirán con el "qué hacer" y "cómo hacerlo".

Si ambos mantienen sus identidades tendrán divergencias y por tanto un conflicto. Lo normal es que así sea y aunque los individuos aspiran a la armonía de la unanimidad, es en ese conflicto donde radica el germen del cambio y el progreso. Sin ese conflicto, al decir de Kant "...los hombres serían una manada, como las ovejas que apacientan".

El desenlace es la construcción del momento político. El arte de hacer unidad en la diversidad.

Los dictadores eligen para ello el camino de la represión, la alienación y domesticación del pueblo. Pero, mientras más lo anulan, más débil es el conjunto en su capacidad creadora y menos espacio tienen la solidaridad y el amor, como la noble respuesta al desafío de compartir la historia.

La democracia es la construcción de esa unidad, sin anular las individualidades, a pesar de la aparente contradicción que ello implica. De allí que la construcción democrática es una gran alianza que se expresa en una fórmula jurídica, pero, que se sustenta en una ética solidaria.

El modelo político de las organizaciones de base de DD.HH. es esta democracia y los pasos que los pueblos se han trazado para alcanzarla. Así se explica su actitud frente a la insurgencia, la lucha armada, al pluralismo y muchas otras posiciones que no coinciden con los demócratas "made in USA".

### ***Las alianzas***

En el modelo político de las organizaciones populares, las alianzas son las que produce el mayor desconcierto y reservas.

La heterodoxia del FDR de El Salvador, donde coexisten los socialdemócratas de Ungo con los guerrilleros del Ejército Revolucionario Popular (ERP), induce a los políticos clásicos a pensar que éste es un "tonto útil al servicio del comunismo". Vaticinan que después del inminente triunfo del FDR ya verán los extremistas cómo se deshacen de su presidente.

También han esperado con impaciencia que Tomás Borge se deshaga - a la manera de una purga staliniana - de los curas militantes del frente sandinista. Esperarán en vano, porque el modelo del poder compartido se sustenta en un concepto de alianza de origen histórico y no doctrinal, donde lo propio de éstas es la exclusión, mientras lo propio de la acción es la inclusión.

En Chile, donde la situación tiende a una crisis, a un umbral que habrá de traspasar en una alianza múltiple para reemplazar a la dictadura, la Convergencia Socialista - sin renunciar a sus objetivos - está dispuesta a pactar con demócratas cristianos, con la derecha democrática y con cualesquiera que pretenda una apertura, siempre que el aliado tenga la solvencia moral para hacerlo.

Y la Convergencia Socialista al entrar al pacto no está programando cómo deshacerse de sus aliados en la búsqueda del poder total, porque eso es anticipar el fracaso de la coalición. Es evadirse de la realidad. Tampoco significa aceptar la simetría con las posiciones de los aliados, bajo el supuesto que todas las posiciones tienen la misma jerarquía.

La política no tiene víspera, porque los procesos sociales son evolutivos y anticipar el futuro, sustentarse sobre una realidad desconocida, es un ejercicio antitético con su esencia.

Es en las alianzas donde el modelo de los movimientos populares ha dado los mayores pasos hacia formas políticas modernas y donde han cosechado mayores logros. Por ello merecen un tratamiento detenido.

Las alianzas son relaciones de individuos, organizaciones, naciones y cualquier sociedad entre sí. Hasta cuando se combate se establece una relación con el adversario; una alianza muy particular, por cierto. Las hay de dos tipos: aquellas que tienen el fin en sí mismas, o sea, estrechar la comunicación, y las otras, cuyo fin es concertarse para la acción. Las primeras son absolutas y excluyentes y su criterio de perfección es la sinceridad. Las otras son relativas y congregantes, y ese criterio es la eficacia y lealtad al objetivo.

La concepción de la alianza - como función comunicacional que tiene el fin en sí misma - ha sido extrapolada al ámbito de la actividad humana, en que los individuos se reúnen para asumir juntos acciones determinadas que alteren el desarrollo de los acontecimientos. Esta extrapolación ha deformado el criterio en el pacto político, con una tendencia altamente totalizante y excluyente. Las izquierdas latinoamericanas han sido fieles exponentes de ello.

Cuando los individuos se reúnen para abordar juntos alguna actividad, la intercomunicación será más íntima, aunque éste no sea el objetivo de la relación, pero la alianza deberá ponerse en función de esa acción, del objetivo perseguido y

por tanto, la sinceración total - condición de la comunicación - puede ser contradictoria a dicho objetivo.

En las alianzas, este postulado se afirma en un hecho inescapable: debemos compartir la historia. Todos con todos, inclusive con los enemigos y con ellos la sinceridad es contradictoria.

En el plano de la teoría, como no es imperativo tomar posiciones, no existen las alianzas ni tampoco las exclusiones. En la acción, a la inversa, no existen los independientes; todos somos interdependientes entre unos y otros.

Estos postulados califican las alianzas, según sean más estrechas o más lejanas. Este análisis es crucial en un mundo de poder compartido como antítesis del poder total

La acción política de las organizaciones de base asume esta realidad y por ello precisa su modelo de alianzas, para mejor comprensión interna, como de sus aliados. Así, le va abriendo paso a su modelo contra la reserva y suspicacia del mundo doctrinal, tan comprometido - por lo general con el status.

El primer círculo de alianzas de una organización de base, es la de sus miembros. Con ello hay consenso en los objetivos y en los medios para alcanzarlos. Este consenso no implica unanimidad en lo accidental, es unidad en lo global, a pesar de la diversidad en lo accidental.

Este consenso descarta la lucha por el poder al interior de la organización, o lo que es igual, la democracia y el pluralismo internos son irrestrictos. Todas las posiciones tienen igual jerarquía; a esto llamamos simetría.

Hacia el exterior de la entidad, el pacto de acción está afecto a contradicciones con los aliados, que un objetivo común permite diferir pero no ignorar. El único límite de la esfera de alianzas es ético, o sea, no se puede pactar con quien no es idóneo para cumplir la palabra empeñada. O sea, no asume la solidaridad como vínculo básico de la alianza.

Esta condición descarta cualesquier concertación - por ventajosa que parezca - con representantes de las dictaduras, con regímenes que hayan practicado la tortura y el desaparecimiento, con agentes que hayan desnacionalizado las economías o con partidos, grupos o corrientes que hayan contribuido a la pauperización popular. Carecen de solvencia moral, condición primordial de la democracia y por tanto deben ser combatidos y anulada su influencia social.

El tema de las alianzas es el más controvertido y limitante en los círculos progresistas de América Latina, influídos por una "alienación doctrinaria". Es la resistencia de los socialcristianos a construir alianzas con marxistas.

La alianza política es un pilar de la construcción del momento político. Proyectar su suerte a futuro es debilitarla y restar viabilidad a esa construcción. Asimismo, la tendencia tradicional a establecer en los partidos la frontera que separa a los de adentro con los de afuera, es un factor negativo para aglutinar una polaridad poderosa, lección que han recogido las organizaciones populares. Estas son antitéticas con la concepción del partido de cuadros.

Esta reflexión es válida para analizar la distinción clásica entre aliados estratégicos y tácticos. Esta sola precisión reduce la capacidad de maniobra, porque pone en evidencia las diversas calidades y jerarquía de aliados.

Esa discriminación implica anticipar la construcción del momento político del futuro, lo que envuelve una contradicción, porque sólo se puede hacer en el momento mismo.

Similar reflexión es aplicable a la elección a priori de la "vía" de la liberación, porque guerra anunciada no se gana. La vía correcta será la que resulte de la elaboración dialéctica, contradictoria con las imposiciones dogmáticas.

### ***Violencia, democracia y guerrilla***

El apoyo amplio prestado por las organizaciones de DD.HH. al Frente Sandinista ayer y la FDR de El Salvador hoy, ambos buscando la liberación de sus pueblos, han puesto en la mesa de discusión la eficacia y la legitimidad de ese medio.

De la primera se ha hecho cargo la historia, de la segunda nos hacemos cargo aquí.

En sociedades desiguales, la violencia de los fuertes, que puede ser hasta silenciosa, no tiene más muro de contención que la conciencia y la moral. Esta barrera en América Latina ha sido rebasada en actos de increíble barbarie.

Sobrepasada la barrera del límite de la dignidad humana, las mayorías oprimidas pierden todo aprecio por la vida y asumen el riesgo total. O cambia su situación o no vale la pena seguir viviendo. Incubando este sentimiento, no queda más camino que entregarse a la opción del cambio social, aun a riesgo de perderla. Entonces viene la elección de cómo implementar el cambio.

Cabe aquí hacer una reflexión sobre la violencia y sus orígenes, porque explica la adhesión popular a las luchas de liberación.

Ya dijimos, lo propio de toda sociedad humana es que haya divergencias entre sus miembros en la elección de sus metas y los medios a asumir. Esto es válido para la nación, la familia, la iglesia o la empresa.



El correcto desenlace de este conflicto entre lo individual y lo social es la construcción de la libertad. Es dar cabida a lo individual, perfeccionando el marco social.

El conflicto es positivo, es la riqueza del alma humana. Pero, el desenlace crea un reto que la creación de esa misma libertad impone.

Una forma de desenlace es anular la individualidad del otro. Sometiéndolo, alienándolo, oprimiéndolo. Obligándolo a asumir posiciones por medios del temor. Se crea así la relación amo-esclavo, oprimido-opresor. Se rompe la relación de amistad para resolver en consenso el quehacer común. Es la violencia del fuerte sobre el débil.

Una segunda forma de desenlace es la ruptura, imposible ante el imperativo de seguir la marcha juntos. Hay que compartir la historia.

Contra la violencia de estos desenlaces sólo hay una opción justa. Es el diálogo, es el consenso ético que busca la unidad en las diferencias, proceso que sólo es posible en la moral solidaria; ésta es la democracia, lo demás es la dictadura.

La dictadura genera la violencia y cuando este ambiente ha sido impuesto, esa sociedad vive en violencia. Nadie se sustrae a ella. Todas las relaciones de esa sociedad se verán afectadas por ella. Los débiles en su impotencia para el diálogo, estarán inmersos en la violencia y sus respuestas serán inevitablemente violentas.

Hay violencia de los oprimidos en la evasión, el ausentismo, en la abstención o en el intento de voltear el cuadro político. Y de oprimido se tiene la tentación de pasar a opresor.

El resentimiento y la injusticia que la opresión genera, no son propicios para que los oprimidos opten por el diálogo. De allí que la dictadura genera dictadura. El paso de ésta a la democracia no es una construcción legal: es una construcción moral.

Esta es la etapa que vive Nicaragua. Salió de una dictadura y hace un gran esfuerzo para que por la ley pendular no pase a otra. Así, la llamada a elecciones supone la construcción democrática, la capacidad de diálogo, una igualdad real. Por ello son, por ahora, inoportunas en Nicaragua. La experiencia en El Salvador demostró que allí eran inapropiadas.

La democracia no se hace con leyes ni decretos. Se hace con una moral social.

El desempleo, la desnutrición, la ignorancia, la falta de viviendas, constituyen ruptura y violencia. Por esto son grandes enemigos de la democracia; la hacen imposible, no le dan espacio.

Los enemigos de la democracia no son el marxismo ni las ideas; como siempre, determinan los hechos. Invocar las ideas como el obstáculo para la convivencia, es ocultar una realidad; los individuos no se dividen por sus ideas, eso es un chantaje, se dividen por su actitud a la hora de la acción: justos e injustos. La agresión a los marxistas es parte de ese chantaje y también lo es calificar de comunista a un cura porque optó por los oprimidos.

El pluralismo que todos buscamos es la cabida para cualesquier idea dentro de una sociedad justa, ética, o sea, solidaria. Sin justicia no puede haber pluralismo, porque hay libertad para unos y opresión para otros. En la injusticia, cualesquier idea que cambie esa situación es peligrosa para los que dominan. Hagamos una sociedad justa en los hechos y ninguna idea será peligrosa, ya que el sistema se defenderá solo de las desviaciones.

Mientras más grandes las diferencias, mientras más grandes las violaciones a los DD.HH., menos posibilidades tiene la democracia; más peligrosa es la libertad de pensamiento. Y que se entienda que no sostenemos que la pobreza impida la apertura democrática; es la desigualdad la que afixia.

Por eso la democracia es un parto difícil.

Cuando todos los límites de la moral han sido traspasados, no podría sino producirse una toma de posiciones. Esto fue el resultado de Puebla, en la reunión cumbre del episcopado católico latinoamericano. Contra la opinión de algunos obispos, la mayoría se pronunció por lo que llamó la "opción preferencial por los pobres". Surge entonces una visión en que lo cristiano, sin negar la doctrina, parte de los hechos.

Puebla y Oaxtepec - cumbre latinoamericana de las iglesias protestantes - no significan borrar los elementos doctrinales en cuanto al hombre trascendente; más bien lo reafirma. Y no podría ser de otra manera. Pero el punto de partida para mirar la inmortalidad del hombre no es en abstracto, sino desde las contingencias de su mortalidad.

Parten del hambre, la explotación, la prostitución y el despojo. Lo tradicional fue mirar ese panorama desde lo alto de la doctrina, de sus valores, de sus ideas y de allí proyectarlas a la historia. Es un cambio de perspectiva que lleva implícito un cambio radical, que tiene su expresión orgánica en la Teología de la Liberación.

### ***Ni izquierdas, ni derechas: la tercera posición***

En toda estructura política, quien tiene el poder postula la mantención del status y sus opositores el cambio. Esta dinámica conduce inexorablemente a la bipolaridad, en que la intensidad de las exclusiones entre los polos puede ser mayor o menor.

Cuando un actor llega al escenario político, provisto de su arsenal doctrinario y evalúa las opciones que se le ofrecen, obviamente constatará que ninguna se identifica con su doctrina. Lo probable es que la bipolaridad le ofrezca sólo dos muy alejadas, por cierto, de la utopía que aquella le presenta.

Enfrenta la coyuntura provisto de un esquema ideal preconcebido que no encuentra interpretado. Es el príncipe azul de las novelas románticas. Las opciones en juego son para él "mediocres", "extremistas", "reformistas" y otros calificativos a los cuales ya estamos habituados.

Surge, entonces, la tercera posición. La integral, la correcta, la auténtica, en fin, representativa de todos estos "juicios morales". Esta es la vertiente divisionista tan fecunda en las izquierdas latinoamericanas y tan esgrimida por el oportunismo de los sindicalistas socialcristianos.

El tercerista es un personaje clásico en la existencia humana. Se genera por pretender que la coyuntura se identifique con el paquete de normas que su doctrina le dicta. Pero, ya lo hemos repetido insistentemente, entre doctrina y coyuntura la relación no es de identidad: es dialéctica.

El actor que accede al espacio político puede pretender influir en las polaridades, pero, muy excepcionalmente podrá - en un medio consolidado - abrir un tercer frente eficaz para enfrentar a la bipolaridad. En América Latina la bipolaridad es: opresores y oprimidos y entre ellos hay que elegir.

Al nivel de la estructura política mundial, la bipolaridad rebasa cualesquier opción de una tercera posición. El empate de USA y la URSS a tan altos niveles de poder, hacen imposible en el mundo una tercera posición eficaz.

Ni USA ni la URSS son sociedades perfectas. Afirmarlo es una debilidad de algunos partidos comunistas que tratan de idealizar a la Unión Soviética. Como ellos representan los dos polos de poder en el mundo, al entrar al ruedo donde se desarrolla ese juego, es necesario optar.

Ninguna de esas alternativas corresponde al modelo que un nuevo actor adoptaría. Sólo excepcionalmente podrá producirse tal coincidencia. Es necesario, entonces, establecer una jerarquía entre ellos a la hora de formular una alianza y la prioridad no podrá darse por razones doctrinales, sino, por la eficacia que le darán al objetivo perseguido.

Esto es de una claridad meridiana para las oligarquías y grupos dominantes en América Latina. Para perpetuar su acción entre USA y la URSS no tienen donde perderse: lo demuestran con su fidelidad incondicional al primero. Se invocará democracia, libertad y otras categorías éticas de valor, pero en el fondo la alianza se realiza para defender los intereses recíprocos.

Si los opresores cierran filas con USA y éste interviene, a los oprimidos no les queda otra alternativa que protegerse bajo el ala soviética, la cual, independientemente de sus propias intenciones de ganar cuotas de poder en su contienda con el coloso del norte, en los hechos, ha contribuido a la liberación del tercer mundo.

Los "terceristas" - entre ellos dignatarios eclesiásticos, socialcristianos prominentes, sindicalistas amarillos y hasta representantes de dictaduras - como no pueden objetar los fines ni la moral de las organizaciones de base, las atacan porque omiten hacer denuncias contra Cuba.

A estas alturas provoca repetir la sentencia bíblica: "Hipócritas, raza de víboras".

¿Acaso se denuncia en los púlpitos los defectos de los clérigos o los hijos andan pregonando los vicios de sus padres? ¿O son todos ellos perfectos?

Para la alianza no es requisito la perfección, ni tampoco se redime el "purista" denunciando los defectos del otro. Si así fuera, se habría extinguido la especie, porque la pareja humana sería no viable.

Para muchas organizaciones de base el modelo cubano no es el propio, pero, Cuba es un aliado eficaz y leal en la liberación: y eso basta.

Algo similar sucede a FUNDALATIN con Venezuela. El espacio político y humano que ofrece su gente y su estado de derecho para promover los DD.HH. sella su alianza con los pueblos más allá de sus propias imperfecciones.

### ***La fuerza de los débiles***

Las organizaciones de DD.HH. - que son los derechos de los oprimidos, porque los opresores están saciados - reúnen al contingente más débil de la población. Entonces, cabe preguntarse: ¿cuál es la perspectiva de éxito de un modelo político sustentado en tales militantes?

Carecen de influencias, de medios de comunicación y de recursos. Tienen en contra el desaliento, la desesperanza y el fatalismo. Como en política la única racionalidad es vencer, hacer prevalecer una posición, el movimiento popular - aparentemente - carece de destino.

El modelo de las organizaciones de base no espera el derrumbe del capitalismo por el peso de sus contradicciones, ni tampoco el despertar del gigante dormido del proletariado iluminado por la elocuencia de ellas.

La fuerza del movimiento de liberación está en un cambio de actitud, de una ética solidaria en el compromiso, en que más allá de todo cálculo y riesgo vale la pena entregarlo todo a cambio de un mundo mejor para todos.

Esta conducta no es privilegio de creyentes - como se pensó en el pasado - atraídos por las recompensas de la vida futura. Hoy es compartida por muchos no creyentes, cuyo heroísmo y sacrificio constituyen un hito histórico. Un ejemplo para meditar.

No es la revancha lo que mueve a los familiares de los desaparecidos, ni lo es en los combatientes del movimiento popular. Suponerlo es un grave error político, porque la venganza lleva en sí su propia debilidad, porque inspira una conducta sin compromiso excepto consigo mismo.

La construcción de un mundo mejor ya, y para todos, o sea, solidario, es la fuerza magnética que hace invencible al movimiento popular. Este es el aporte de la Teología de la Liberación al proceso que le dio su nombre.

### ***La ineludible jerarquización de los DD.HH.***

La sociedad liberal que ha tipificado la democracia continental y ha caracterizado los mayores avances masivos en materia de derechos humanos, ha diseñado un marco de relaciones en que distinguimos dos planos:

- Derechos humanos que ese marco respeta.
- Derechos humanos que ese marco viola.

Los primeros se refieren a opciones teóricas como libre acceso al mercado, al poder, a las clases, a las universidades y a las oportunidades, todos ellos basados en la utopía de la igualdad. La asimetría social, antítesis de la igualdad y sus condicionamientos, impone desempleo, desnutrición, marginalidad, falta de vivienda y muchos otros derechos que son conculcados.

Nuevamente la doctrina señala que deben ser respetados los derechos de todo el hombre y de todos los hombres. Las limitaciones del medio indican que no es posible; que será necesario jerarquizar, mientras la sociedad se va haciendo más perfecta.

No sólo influyen las restricciones económicas que impiden que todos tengan de todo, sino, también el grado de preparación para ejercerlos.

La democracia tradicional en el continente, donde se ha ejercido, ha privilegiado los derechos civiles postergando los económicos. Ha desbalanceado una amplia democracia de derecho con una muy rudimentaria de hecho. Las grandes

mayorías han estado impedidas de ejercer tales derechos, debido a las limitaciones que les impone el nivel de vida.

Para la organización de base la jerarquía es diferente. Otorga prioridad a los derechos derivados de la urgencia para crear condiciones para el ejercicio de una democracia real. Como decía un predicador "... estamos más preocupados de la mortalidad de nuestros niños que de su inmortalidad, porque ésta está más cerca".

La afirmación de que la persona es indivisible y que si no se respeta todos los derechos no se respeta ninguno, que si no se satisface a todo hombre es violar su libertad, no es más que un subterfugio de los perfeccionistas para mantener las cosas como están.

### ***Estructura y funcionalidad de las organizaciones***

El modelo político reseñado se proyecta a las formas organizativas de las entidades de DD.HH., ya que a su interior pierde sentido la lucha por el poder. Prescindir de la normativa necesaria para darle cauce a esa lucha, significa amplificar la capacidad de maniobra en forma extraordinaria.

Mientras los partidos desgastan parte sustantiva de sus energías en la pugna interna, las organizaciones de DD.HH. las dirigen hacia sus adversarios. Esa nueva democracia, más moral que jurídica, permite moverse sin las rigideces que imponen reglamentos para dirimir una competencia. Tal vez en el futuro dictarán sus reglamentos; por ahora, están demasiado atareadas para hacerlo.